

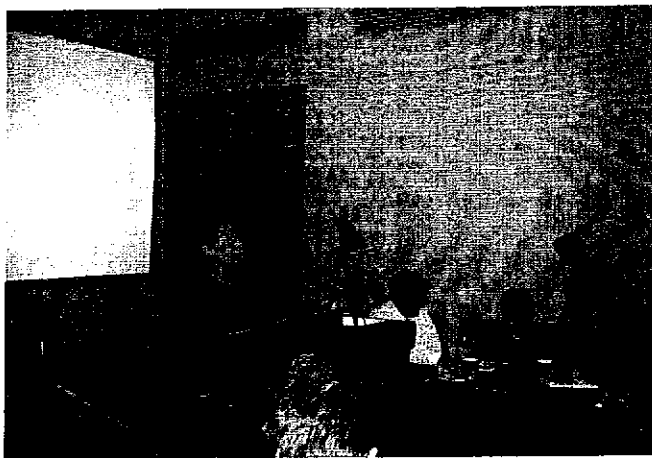
RICARDO OTHEGUY /

LAS PIEDRAS NERUDIANAS SE TIRAN AL NORTE: MEDITACIONES LINGÜÍSTICAS SOBRE NUEVA YORK

A los lingüistas nos gusta hablar del léxico, pero Pablo Neruda lo dijo mejor: «Todo lo que usted quiera, sí señor, pero son las palabras las que cantan, las que suben y bajan.» Las palabras —no el léxico— llegadas al Nuevo Mundo, según la inolvidable imagen nerudiana, con los trancos y zancadas de los conquistadores, que todo se lo tragaban, las religiones, las tribus, las pirámides, pero que no se daban cuenta que «se les caían de las botas, de las barbas, de los yelmos, de las herraduras, como piedrecitas, las palabras luminosas que se quedaron aquí resplandecientes» (1). Los que hablamos español en Estados Unidos —que a diario usamos las brillantes palabras españolas que tanto amaba el poeta— no estamos en el aquí de Neruda, en el aquí de Chile, de Puerto Rico, de Cuba, de México, ni en el de tantos otros sitios donde los conquistadores dejaron aquel esplendoroso reguero de palabras. Pues las piedrecitas luminosas del castellano que se salieron de botas y barbas de santos y soldados en aquel entonces —allá en el Caribe, en Nueva España, en Centroamérica, en Sudamérica— han llegado también a Norteamérica en grandes cantidades, y no por cierto alojadas solamente en botas y barbas (que por lo demás tampoco fue así con las de Neruda), sino también en las caras más límpidas y las voces más dulces de las madres emigrantes, expatriadas y refugiadas latinoamericanas. Con ellas y sus compañeros, primero allá en el Caribe y en México, luego allá en todas partes de Nuestra América, recogimos del suelo esas palabras despartamadas y nos las trajimos aquí, para tapiar fríos y ahogar saudades con el pedregal nerudiano del terruño de nuestros padres. Las piedras eran, como nosotros, transplantes. El amor a la lengua nos creció en casa, pero en una casa que no estaba en la de la lengua.

¿Seremos tantos?

Quizá sea por haber vivido esa contradicción —la lengua nuestra en la casa del otro— por lo que nos sorprende tanto el entusiasmo que despierta allá nuestra presencia aquí (2). Desde esta orilla a la que hemos llegado cargando las queridas luminarias del poeta («las amo, las adhiero, las persigo, las muerdo, las derrito... Amo tanto las palabras...») nos resulta algo desconcertante la alegría con que se ve, allá en los países hispanohablantes, y sobre todo en España, el mero hecho que estemos aquí, y que seamos cada día más. ¿Por qué nos confunde aquí en Nueva York (y aquí en Los Ángeles, Chicago, Miami, y en tantos otros sitios con nombres que parecen trancos, porque no son San nadie de Nueva York, ni San alguien de Miami, como debieran ser, y porque sólo en Los Ángeles y San Diego parecen nombres de verdad), por qué nos extraña tanto ese entusiasmo que sienten nuestros colingües? Muy sencillo: porque ese reguero de vocablos hispanos que hemos creado aquí ha sido, como sin duda lo fue aquel otro de los siglos áureos que inspiró al



En el podio, Amparo Morales; enfrente: Ricardo Otheguy (a la izda.) y Carmen Silva-Corvalán (Centro Graduado CUNY).

bardo chileno, no sólo, ni primordialmente, causado por hambre de gloria lingüística sino, aun en los mejores casos, por simple hambre, y en los peores, por miedo acuciante a autoridades represivas y por natural afán de supervivencia. Pues no fue el placer de poblar Nueva York del esplendor léxico nerudiano lo que trajo a nuestros padres a estos fríos, sino la imposibilidad de ganarse el pan o sentirse seguros en aquellas tierras (3).

Que sorprenda no quiere decir que moleste. La oronda alegría y el sincero orgullo fraternal que nuestra presencia aquí suscita en medios intelectuales, oficialistas y de prensa allá, nos halaga y nos ayuda a paliar, al sabernos tan reconocidos y queridos, la nunca muy lejana alienación que tan fácil aflora en la psiquis de los hispanohablantes de estas tierras. Pero seguimos pensando: ¿no se darán cuenta nuestros entusiastas colingües que los grandes números que sumamos aquí significan siempre grandes restas allá? Tantos latinoamericanos en Estados Unidos que tan buena conciencia creamos, simplemente por acrecentar con nuestra presencia la nómina de los que hablamos español, ¿no llegaremos muy pronto a ser, y a un plazo no muy largo, franca substracción para la lengua española? Nietos allá, sumarían hablantes de español; nietos aquí, sumarían hablantes de inglés. Los descendientes de los que se quedaron allá, hablarán español. Pero nuestros descendientes hablarán solamente en inglés. Hay que decirlo, por obvio que sea y por triste que resulte: los muyregonados 31 millones de hispanos de EE. UU. seremos, a la no muy larga, negocio chiquito para el español. Pan hispánico para hoy, hambre anglófono para mañana.



(1) Pablo Neruda, «La palabra, en *Confieso que he vivido*, Barcelona, Plaza & Janés, 1974 (6ª ed., 1998), pp. 71-72.

(2) Las declaraciones optimistas en cuanto al tamaño y crecimiento en la población hispana en EE. UU. son frecuentes en la prensa diaria de ciudades como Madrid (*vid.*, entre otros muchos, M. Mora, «El Cervantes certifica que el español avanza como segunda lengua en

EE. UU.», *El País*, 6 de julio de 2000). Los análisis de institutos y centros de estudios suelen ser más sobrios y realistas que la prensa; *vid.*, por ejemplo, Iusticiano Cervantes, «Mitos y Ritos», en *Anuario 2000. Centro Virtual Cervantes*, cvc.cervantes.es

(3) José del Valle y Luis Gabriel Shtreman se refieren a la interpretación que se da de las cifras sobre nuestra presencia en EE. UU. como de un «ingenuo triunfalismo», y dirigen la atención del lector hacia las condiciones económicas y políticas que perviven en el amplio

ámbito del mundo hispanohablante. *Vid.* José de Valle y Luis Gabriel Shtreman, «Lengua, neocolonialismo y monarquía», *Quimera*, núm. 204 (2001), pp. 8-19.



RICARDO
OTHEGUY /
LAS PIEDRAS...

(4) Para la acertada observación de que los números exactos nos son desconocidos, véase Humberto López-Moreles, *La acentuación del español en América*, Madrid, Espasa Calpe, 1998, p. 218. Para análisis estadísticos del tema, véase Garland Billi, Alan Hudson, Edricardo Hernández-Chávez, *Spanish Home Language Use and English Proficiency at Differential Measures of Language Maintenance and Shifts*, *Southwest Journal of Linguistics*, vol. 19 (2000), pp. 12-27. Para análisis más amplios de las comunidades de origen hispano en EE. UU., realizados desde España con gran acierto, véase Antonio Torres, «Cultura latina en EE. UU.», Universidad de Barcelona, en www.ub.es/filologia/cultordet/torres

(5) Datos de Nichea Media Research, publicados en «Promoting TV language and culture», *New York Times*, 30 de diciembre de 2002.

(6) Véase Eva Domínguez, «El cuarto día», *La Vanguardia Digital*, www.lavanguardia.es

(7) Bernardo Vega, *Memorias de Bernardo Vega: Contribución a la historia de las comunidades puertorriqueñas de Nueva York*, ed. de César Andrea Iglesias, Río Piedras, Puerto Rico, Ediciones Huracán, 1995 (ed. de 1977).

(8) Bernardo Vega, *op. cit.*, pp. 109, 110, 139, 140.

(9) *Our Lady of Guadalupe: Mother Spanish Church of New York City*, 75th Jubilee Publication, 1979.

(10) Guillermo Cerro-Torres, *Triplice en Manhattan*, Editorial Occidente, 1951, p. 57.

(11) Germán Rueda, *La emigración contemporánea de españoles a Estados Unidos 1820-1950: De días a siglos*, Madrid, Editorial MAPFRE, 1993.

Y puestos a enfrentar realidades, reconozcamos también que aunque seamos muchos, estamos muy lejos de llegar a los famosos 31 millones, cifra que incluye a muchísimos de esos nietos y biznietos que ya no hablan español. Todos ellos le podrán decir al encuestador del Censo que son *Hispanics*, y a mucha honra, y también, cómo no, pueden llegar a decirle al Censo, si pregunta, que en sus hogares se habla español. Sabemos, sin embargo, y es perfectamente constatable por legos y lingüistas, que entre hispanos de tercera generación, y aun entre muchos de segunda, pocos hablan y casi ninguno escribe en español (4). Cuando los encuestadores de empresas privadas asesoran a sus clientes sobre qué idioma usar en la gestión comercial en los medios de comunicación, recopilan datos que son mucho menos alentadores, pero más fidedignos, en cuanto al número de hispanohablantes en los EE. UU. Por ejemplo, de los 8.75 millones de hogares estadounidenses hispanos, menos de la mitad mira los canales hispanos de televisión (5). Y en cuanto a noticias televisivas, sólo un 40 por 100 dice verlas mayormente en español (6).

La sencillísima verdad del *boom* hispanohablante de EE. UU. es que, aunque sea de gran magnitud, se ha exagerado sobremanera en cuanto a las estadísticas, por confundirse la filiación étnica o lingüística que se le declara al Censo (ser *Hispanic* o *speaking Spanish at home*) con la actividad del uso lingüístico real (usar asiduamente el español, en cualquiera de sus formas, en casa o en la calle). Y no sólo se ha exagerado el volumen del español en cuanto a lo estadístico, sino que se lo ha edulcorado con inocencia en cuanto a las emociones, por olvidarse el simple pero ineludible dato de que las explosivas cifras de hoy, son la borrosa asimilación de mañana (y que, aun hoy, pero mucho más mañana, las transitorias sumas de aquí representan las permanentes restas de allá).

El vocablo hispano

Quiero que sean estos apuntes sobre un tema lingüístico que trabajamos hace mucho tiempo, y es el de los préstamos ingleses en el español en Nueva York, piedras nuevas que hemos venido añadiendo, ya veremos por qué, a aquellas queridas palabras ancestrales que celebró Neruda («Tienen sombra, transparencia, peso, plumas, pelos, tienen todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río, de tanto transmigrar de patria, de tanto ser raíces... Son antiquísimas y recientesísimas...»). Pero antes de poner en escena los neologismos ingleses de Nueva York, hay que ocuparse de dos vocablos que se asoman al escenario, y que si no se toman en cuenta, y si no se identifican y se ponen en su sitio, hacen que todo termine en comedia de enredos. Una de esas palabras, *hispano*, la tenemos que mirar siempre con su homóloga inglesa, *Hispanic*. La otra palabra es *Spanglish*, lámpara muy insistentemente frotada, pero cuyo genio no ha logrado todavía aportar mucho a la recta comprensión del habla de las comunidades hispanohablantes de Nueva York, ni probablemente de las de ninguna otra zona de EE. UU.

Como tanto otro emigrante, la palabra *hispano* ha hecho mejor carrera fuera que en tierra propia. Como término aglutinador de nuestros países de América, es sabido que *hispano* compete desde hace mucho, en términos bastante desfavorables, con *latino*, al igual que, por poco que a algunos nos guste, la voz *Hispanoamérica* parece ocupar menos terreno que el vocablo *Latinoamérica*. Es así que resulte sorprendente constatar que, desde mucho antes de la gran emigración puertorriqueña de la posguerra que sellara la palpable hispanización actual de Nueva York, el término *hispano* tuviera aquí amplio uso y aceptación, y aventajara con fuerza a *latino* (aunque también *latino* haya sido, desde hace mucho, vocablo corriente en la Gran Manzana).

Por el testimonio de, entre otros, Bernardo Vega, quien en 1916 dejó su Cayey natal en Puerto Rico para venir a Nueva York, y quien pudo así historiar muy de cerca los pequeños acontecimientos de la vida de las comunidades españolas, cubanas y puertorriqueñas de las décadas anteriores a su llegada, sabemos que el término de autodenominación que éstos usaban con preferencia fue siempre *hispano* (7). Vega hace referencia con naturalidad a las «agrupaciones hispanas» de la década de 1890, a la fundación de «La Literaria Hispano-Americana» en 1894, y a la aparición de un «diario hispano» en 1918 (llamado entonces *La Prensa*, luego *El Diario-La Prensa*, precursores del actual *El Diario*, que todavía hoy tiene por lema «El campeón de los hispanos»). Para más detalle, Vega nos dice directamente que, aunque los hispanohablantes ricos de aquella época se avergonzaban de sus orígenes, los obreros «peleaban porque se les reconociera como puertorriqueños o, en general, como hispanos» (8). Y como en todos nuestros peregrinajes, vino con los hispanohablantes a Nueva York en el siglo XIX la iglesia, fundándose en 1902 *Nuestra Señora de Guadalupe* en la Calle 14 (que en esa calle está todavía, corrida apenas dos cuadras al oeste), autodenominándose, ya entonces, *Iglesia Madre de los Hispanos de Nueva York* (9).

Otras fuentes corroboran el uso de *hispano* reflejado en Bernardo Vega, pues al menos un novelista de la época hablaba por aquel entonces de la *colonia hispana* de Nueva York (10). En la reciente obra de Germán Rueda leemos que, aunque había en Nueva York en las últimas décadas del 1800 sociedades de españoles que se llamaban *Centro Español* y *Sociedad Española de Beneficencia*, también había otras con nombres como *Sociedad Naturalista Hispana* (11). (Claro está, también sabemos que *latino* tenía sus usos, pues Vega nos

cuenta que la zona de la Calle 116 se empezó a llamar, desde aquella época, el «Barrio Latino», que existía un *Club Latinoamericano* y que una de las publicaciones impulsadas por el puertorriqueño Arturo Shomburg en 1885 se llamó *El Latino-Americano* (12). Es así que *hispano*, aunque siempre en pugna con *latino* (y con los vocablos designadores de las para entonces nacientes nacionalidades del Caribe hispanohablante, *puertorriqueño*, *cubano*, etc.) ha sido, desde hace mucho, voz más natural y popular en Nueva York que en la propia América hispana.

Varios factores contribuyeron muy probablemente a esta historia del éxito léxico de *hispano*; primero, el hecho obvio de que los puertorriqueños y cubanos de Nueva York en el siglo XIX eran en sus tierras, todavía en aquella época, súbditos de la Corona, y aunque muy impregnados ya de ideales independentistas, podían usar *hispano* como referencia natural al Estado del que habían sido, y muchos todavía eran, oficialmente, ciudadanos. Añadamos como otros dos factores el hecho de que una parte muy importante de nuestras comunidades neoyorquinas en las últimas décadas del XIX y principios del XX la formaron emigrantes españoles, para quienes el término *hispano* tendría que haber sido, como acabamos de ver, de uso muy natural (13).

Señalemos además, porque no puede olvidarse, que el vocablo es idóneo para la expresión de la solidaridad lingüística, que fue entonces, y sigue siendo ahora, una de las marcas importantes del sentir comunitario de los hispanohablantes de Nueva York (14). Fueron sin duda aquellos obreros españoles, cubanos y puertorriqueños del XIX, quienes, buscando expresión para su sentir de comunidad lingüística y de activismo sindicalista, dieron por primera vez el banderazo en la parilla de salida, para que *hispano* arrancara en la larga carrera en la que, todavía hoy en Nueva York, le lleva en algo la delantera a *latino* en las muchas vueltas de la autodefinition (15).

En épocas más recientes, la historia de *hispano* se complica, al sacarse el vocablo la siempre ambigua lotería del oficialismo estadounidense. Pues hay sin duda que contar, como elemento propiciador de la voz española *hispano* en Nueva York y otros centros hispanohablantes de EE. UU., la adopción por parte del gobierno federal, hace ya más de treinta años, del vocablo inglés *Hispanic*. Éste había tenido, desde mucho antes, una clara presencia en el léxico inglés, pero se había visto limitado a círculos cultos, que lo usaban para referencias al idioma español, y a los monumentos literarios y pictográficos de la cultura española. Si bien es cierto que la relativamente nueva acepción de *Hispanic*, como referencia a una filiación étnica, se apoya en usos muy antiguos en Nuevo México y otras regiones de EE. UU., también hay que reconocer que su aplicación a la totalidad de la población de origen hispanohablante de EE. UU. es creación de los burócratas del Censo. Estos seguían entonces órdenes muy explícitas de sus mandarines políticos, quienes, persiguiendo ventaja electoral durante la presidencia de Richard Nixon, quisieron así unificar con un solo concepto las comunidades del Oeste norteamericano, de origen primordialmente mexicano; las del Este, de origen mayormente puertorriqueño, y los expatriados de la Florida, de origen mayoritario cubano (16). De un plumazo, se pretendió utilizar el Censo decenal de 1970 para crear un nuevo grupo étnico, al que se le pudieran enderezar las dádivas de los beneficios gubernamentales y los cañones de la propaganda electoral. Ese término inglés *Hispanic* también ha hecho fortuna, como era de esperarse de un concepto apoyado por el gobierno federal y los medios masivos de comunicación, y ha sido ese éxito del inglés *Hispanic* lo que ha contribuido, también en gran medida, al auge de *hispano*.

Pero con la toma de conciencia política de la década del 1960, las connotaciones de raza europea que algunos han querido encontrar en *hispano* y en *Hispanic*, y el viso negativo para la comunidad, han hecho que *hispano* y *Hispanic* estén de nuevo a la defensiva en amplios sectores, propiciando así el auge de *latino*, no sólo continuando su siempre muy popular uso en español, sino lográndose también ahora, con mucho éxito, la acuñación de *Latino* en inglés.

Pero llamémosnos una cosa o la otra, parece claro que el lazo de solidaridad supranacional ha sido siempre, en un grado muy importante, atado por dedos lingüísticos. A diferencia de lo que sucede con otras etnias en los EE. UU., no está fundamentado el sentido real de unión en Nueva York entre puertorriqueños, cubanos, dominicanos, ecuatorianos, colombianos, mexicanos, españoles, etc., ni en factores raciales ni religiosos. La uniformidad racial no existe; somos aquí, como en Latinoamérica, un pueblo mestizo, aunque muchos gusten de hablar, aquí y allá, con mucha poesía y poca exactitud, de nuestra «raza». La uniformidad religiosa tampoco existe, porque aunque el catolicismo ancestral sea todavía mayoritario y de fuerte arraigo, la iglesia de Roma ha tenido que ceder grandes parcelas de la espiritualidad de nuestros pueblos en EE. UU. a otras entidades eclesásticas, que con un cristianismo mucho más directo y personal, tienden a facilitarles a sus fieles la expresión de la fe en formas más acordes con su forma de vida y sentir cultural. La identidad de hispanos o latinos en EE. UU. se funda, pues, en gran medida, en la panconcordia lingüística. Es el tener o haber tenido padres o abuelos que hablaron español, y en muchos casos el hablarlo uno mismo diariamente todavía, y no el ser latino o hispano o Latino o Hispanic, lo que ha servido para unimos, siempre que hemos alzado nuestras miras por encima de la identificación de la patria chica del país de origen, microidentidad

(12) Bernardo Vega, *op. cit.*, pp. 106, 139, 165.

(13) Según Rueda, el 75 por 100 de los españoles que entraron a EE. UU. entre 1871 y 1894 lo hicieron por Nueva York; todavía en 1930, el 50 por 100 de los españoles de EE. UU. residían en Nueva York. Véase G. Rueda, *op. cit.*, pp. 84-85 y 282.

(14) Debe la observación sobre la presencia española en el Nueva York decimonónico al profesor Félix Marx, historiador asiduo de nuestras comunidades y actual director del Centro de Estudios Puertorriqueños de la City University of New York.

INSULA 679-680
JULIO-AGOSTO 2003

(15) La historia de estos elementos léxicos, que he esbozado para Nueva York, es sin duda distinta, y todavía más complicada, en otras partes de EE. UU., sobre todo en el Oeste, en dos de los sectores de asentamiento hispánicos son más antiguos que en

Nueva York, y en donde las familias emigrantes conviven con familias hispanas de presencia centenaria en aquellos territorios.

(16) Nathan Glazer, «Do we Need the Census Race Question?», *The Public Interest*, núm. 149 (otoño 2002), pp. 21-31; *op. cit.*, p. 21.

que sigue siendo (quizá para nuestra desgracia) fuertísima entre nosotros. Pero entendamos que es sólo en parte debido a esa unidad lingüística por la que somos en Nueva York *hispano*, término que probablemente hubiera hecho otra historia sino fuera por aquellos contingentes sindicalistas peninsulares y cubanos, y también puertorriqueños, de fines del XIX y principios del XX, y porque el gobierno y los medios de comunicación empezaron a decirnos en inglés, hace ya muchos años, que éramos *Hispanics*.

El vocablo *Spanglish*

Queda pues, como lazo fundamental e importantísimo entre la población de origen latinoamericano y español, la lengua que se habla, o que se habló en reciente memoria, en la mesa de casa. La mesa ya no tiene, ni tuvo casi desde el primer día que llegamos, solamente comida puertorriqueña, mexicana, cubana, dominicana, ecuatoriana, o lo que fuere, y desde hace ya mucho se come con platos norteamericanos también, muy puestecitos, unos al lado de los otros, en la misma mesa. Y se habla igual; ya no sólo con palabras del español, sino también con palabras del inglés, puestas unas al lado de las otras. Estas maneras de hablar el español en EE. UU. han suscitado, en épocas relativamente recientes, la aparición del vocablo *Spanglish*.

Paralelo a *Franglais*, *Quechuañol*, y a muchos otros acuñados con la misma fórmula en ambientes bilingües, el término *Spanglish* suele atribuirse al filólogo puertorriqueño Salvador Tió. El vocablo empezó a circular más ampliamente entre especialistas en la década de 1980, gracias a su uso, en un serio artículo de análisis lingüístico, por el profesor William Milán (17). A partir de entonces, la palabra ha hecho carrera, debido en gran medida a los recientes esfuerzos divulgadores del profesor Ian Stavans, y a la repercusión que su labor ha tenido en los medios de difusión; y, como veremos, debido también a auténticos usos populares en varios sectores de la población latina de EE. UU.

Pensador sobre la lengua, traductor y profesor en Amherst College en Massachusetts, Stavans cuenta en su haber con libros sobre poesía latinoamericana, y sobre la situación cultural y social de los hispanohablantes en EE. UU. (18). Además de hacerlo en sus libros, el profesor Stavans ha expresado con elocuencia sus ideas sobre la vida de los latinos en EE. UU. en numerosas entrevistas, y en artículos tanto impresos como de Internet (19). Pero es por su actividad en pro de la difusión del concepto *Spanglish* que quizá más se le conozca. Es cita obligatoria su *Dictionary of Spanglish: The making of a new American language* (Editorial Rayo, 2003). En algunos precintos de Internet se habla de sus esfuerzos por traducir el *Quijote* al *Spanglish*, y se citan pasajes de esta labor (20). Más allá de Stavans, es fácil encontrar listas de vocablos publicados en Internet por estudiosos más o menos serios que se interesan por el tema (21).

A pesar del éxito indudable de la labor divulgadora de Stavans, el vocablo no ha corrido igual suerte entre especialistas, en cuyos trabajos técnicos sobre el español en EE. UU. ha logrado mucha menor difusión, sin duda porque, como siempre cuando sobre vocablos se debate, hay diferencias de definición. Para dilucidarlas, tendremos que volver a aquella mesa de casa, donde las palabras del inglés y del español, como las comidas de las dos tradiciones culinarias, chocaban codos y transitaban juntas en boca de los que allí se reunían al término de una agotadora jornada de trabajo neoyorquina.

El español en EE. UU.

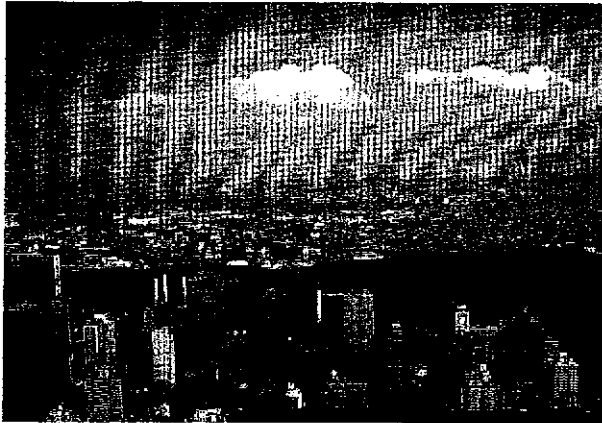
A esa mesa llegaron primero los nombres propios en inglés, porque nos fuimos a trabajar al *Paradise Gym* (con los años, si nos va bien, quizá vayamos, ya como clientes, a hacer ejercicio), o a *Lehman College* a estudiar, o al *Empire State Building*, a ver qué es eso que nos contaban, o al *Central Park*, que tanto vimos en las películas en los cines de allá. Y es precisamente porque es al *Paradise Gym* y a *Lehman College* adonde vamos, y no al *Gimnasio del Paraíso*, ni a la *Universidad de Lehman*, que no hay tal, que a esos lugares se les llama con su nombre en inglés. (Ni mucho menos vamos al *Edificio del Estado Imperial*, que tampoco existe —aunque quizá, al principio, hayamos ido las tardes de domingo al *Parque Central*, pero muy pronto empezamos también a ir a *Central Park*, porque así se llama.)

Ya están en la mesa de casa, pues, *Paradise Gym*, *Lehman College*, *Empire State* y *Central Park*, y con ellos un aluvión de otros nombres propios en inglés, usados aún por las familias más recién llegadas, donde todo el mundo todavía habla nada más que español. Con el tiempo, al aprender más inglés, se unirán a éstos los nombres comunes, y se irán los hijos al *high school*, aunque pudieran haber ido a la escuela secundaria (pero es que *escuela secundaria* es como *Edificio del Estado Imperial*, no suena que es otro sitio, no capta el referente, y terminamos yéndonos al *high school*).

Con el tiempo, encontramos que la mesa empieza a tener, no ya palabras del inglés, sino cláusulas enteras, que se entretrejan con las del español. Oigamos un poco a los hispanos de Nueva York, en las entrevistas que les hacemos en hogares y centros de trabajo, y

que transcribimos y analizamos en nuestros institutos y centros de investigación (22). En ellos recogemos muestras de habla como la de esta joven neoyorquina de padres dominicanos, contándonos esa historia que nunca se olvida del primer día que salió a comer con su marido de hoy:

«Sí, después que el hermano me conoció. El hermano siempre quería hablar conmigo. Entonces él me (...) él (...) un día me llamó. Yo le, le dije bueno (...) puedes tener el número. Llámame cuando tú quieras. Entonces me llamó. Me invitó a comer. Me llevó a un restaurante griego. No me gustó la comida (...). Entonces lo hice que se lo comiera. El pagó, pues (...). *He was paying, so he might as well eat it* [risa]» (228D).



Nueva York. (Foto: Rafael Fernández Anchia.)

O este otro, de ese mismo tema, siempre tan útil para obtener muestras de habla, en que un joven de padres dominicanos, que hace planes para casarse, nos cuenta a nosotros el problema de la boda y el apartamento, y cuenta con su Dios para poder, además, seguir con sus estudios:

«Eso es lo que era el plan, pero entre la compra del (...) yo me compré un apartamento ahora, y la boda que viene el año que viene. *Fitting school into it the way I want to do it, you know* (...) yo sé que yo no voy a poder hacerlo todo el tiempo *like* (...) *like you do it now* (...) *like full time student, I'm going to have an apartment, to pay a mortgage* (...). Si Dios lo permite para septiembre (...) para septiembre *I'll start the one* (...) *they have a Masters program at Lehman*» (333D).

Así, el texto acústico que se va produciendo tiene cláusulas de una lengua y cláusulas de la otra, según el bilingüe va urdiendo con pericia ese tejido donde las dos lenguas se tuman e intercalan (23). Para que se vea mejor el tejido, pintemos el hilo del español de rojo y el hilo del inglés de azul, y ahí lo tenemos, rojo y azul, azul y rojo, en franca y alternante convivencia. Con los años, en los individuos y las familias de más arraigo neoyorquino, el tejido se hace más azul, porque aumenta la identificación psicológica con el norteamericano, y también porque aumenta la necesidad comunicativa de decirlo como aquí se dice, mientras que, en las familias más nuevas, todavía es el rojo lo que predomina.

También, con los años de residencia de los emigrantes aquí, aumentan las cláusulas del inglés por otro motivo, porque viene ladrona la mala memoria, y se le olvida al emigrante cómo se llaman cosas y conceptos en español, y sus descendientes nunca lo aprenden; y así, el paso de la vida, y el robo de la memoria, que van separando a las familias hispanas de sus orígenes latinoamericanos (y a algunas, de sus orígenes españoles), van teniendo el tejido de más y más azul. Con la generación de los nietos, del rojo va quedando sólo la sangre de la identidad, y va desapareciendo el hilo de la lengua. Pero eso tarda; durante años y años, el tapiz es de dos colores, y es fácil, como en los ejemplos que hemos visto, distinguir los hilos que lo conforman. A veces, en cinco puntadas hay hasta cuatro cambios de hilo, pero siguen siendo en dos colores distintos (24).

Estamos, por tanto, no ante una nueva lengua, sino ante un tipo de uso, que no tiene nada de extraordinario ni sorprendente, sino que se aprecia en cualquier comunidad bilingüe del mundo. A este uso lingüístico recurren los bilingües neoyorquinos con naturalidad, porque les sirve de señal de identidad —porque les permite recalcar, ante ellos y ante otros, el hecho de ser neoyorquinos bilingües— y también porque, por medio de ese uso, libran lucha simbólica, de importantísima afirmación identitaria, en el seno de una sociedad en la que el racismo y la xenofobia distan mucho de haber desaparecido (25). Y porque además se niegan, con toda razón, a convertirse en mancos de habla, insistiendo en hablar a cuatro manos, sin descartar ninguno de los instrumentos comunicativos que tienen a su disposición. Pues, a fin de cuentas, son esas tres motivaciones —declarar la

(24) En el citado estudio de Zentella, en el que se analiza la trayectoria lingüística de varios jóvenes de origen puertorriqueño nacidos en Nueva York, el 94,7 por 100 de los casos de intercalamiento como los que hemos ilustrado aquí mantienen una clara separación entre las dos lenguas, citándose, en ambos costados del cambio, a la lengua de fondo, y dentro del cambio, a la lengua intercalada. Zentella, *op. cit.*, pp. 124 y 135.

(25) Para entender la hostilidad que se agazapa tras la crítica a los usos lingüísticos de los hispanos de EE. UU., y la reacción de defensa que provoca, véase Bonnie Urisiroi *Empire's Precipice: Puerto Rican Experiences of Language, Race, and Class*, Boulder, Colorado, West View Press 1996, y *id.*, también, imponente obra de conjunto de Ana Celia Zentella, como, por ejemplo, «Language and politics in the U. S.: The English-Only Movement», en *Literature, Language and Politics in the 80s*, ed. de B. J. Craigie, Athens, Georgia, University of Georgia Press 1988, pp. 59-53.

(17) William Milán, «Spanish in the inner city: Puerto Rican speech in New York», en *Bilingual Education for Hispanic Students in the United States*, ed. de Joshua Fishman y Gary Keller, Nueva York, Teachers College Press, 1982, pp. 191-206.

Serna & Giroux, 2003; *The Hispanic condition: the power of a people*, Rayo, 2001.

(19) *Véase*, por ejemplo, www.webdelol.com/1_stavans_y www.prospect.org/print/04/15/stavans-libral

Baltimore-Washington, en coloquioonline.com

(21) *Véase* los esfuerzos de Nelson González en <http://members.tripod.com>

(22) Las muestras que siguen son de entrevistas que forman parte del amplio proyecto, llamado por su título en inglés *The City University of*

New York (CUNY) Project on the Spanish of New York, iniciado por Ana Celia Zentella, dirigido actualmente por ella y por el autor

del presente trabajo, y costado por subvenciones otorgadas a Zentella por la Rockefeller Foundation, a Zentella y a Otheguy por la propia City University of New York, y principalmente, a ambos también, por la National Science Foundation del gobierno federal estadounidense. Se coordina el trabajo en el instituto que dirige el autor, ilustrado por las iniciales de su nombre en inglés

RISLUS, Research Institute for the Study of Language in Urban Society.

(23) Este fenómeno del intercalamiento de lenguas ha sido ampliamente estudiado, entre otros, por P. Auer, *Code-switching in conversation: language, interaction and identity*, Londres/Nueva York, Routledge, 1998; M. Heller (ed.), *Code-switching: Sociolinguistic and*

Sociolinguistic Perspectives, The Hague, Mouton de Gruyter, 1988; C. Myers-Scoones, *Social Motivations of Code-Switching*, Oxford, Clarendon Press, 1993, y muy especialmente para el español de Nueva York, Ana Celia Zentella, *Growing Up Bilingual: Puerto Rican Children in New York*, Oxford, Blackwell Publishers, 1997.



RICARDO
OTHEGUY /
LAS PIEDRAS...

(26) Vid. Ricardo Otheguy, «A reconsideration of the notion of *lingua franca* in the analysis of U.S. Spanish», en *Spanish in the United States: Linguistic Contact and Diversity*, ed. de Ana Roca y John Lipski, Berlin, Mouton de Gruyter, 1993, pp. 21-45, y Ricardo Otheguy, «When contact speaks talk, linguistic theory listens», en *Meaning as Explanation: Advances in Linguistic Sign Theory*, ed. de Ellen Contini-Morava y Barbara Swarata Goldberg, Berlin, Mouton de Gruyter, 1995, pp. 213-242.

propia versión de la identidad, defenderse del prejuicio y utilizar todos los recursos lingüísticos con los que uno cuenta— las que explican esta manera de hablar que tanto llama la atención al que no conoce los resortes psicológicos y comunicativos que se activan siempre en las comunidades bilingües.

Y aclaremos, para no caer en romanticismos tontos, que los recursos lingüísticos del bilingüe son muy desiguales de un hablante a otro. Muchos hispanohablantes bilingües que acostumbran a intercalar material de un idioma dentro del otro, pueden perfectamente, cuando las circunstancias así lo exigen, por ejemplo, cuando hablan con alguien que sólo sabe español, ceñir su uso a elementos españoles, sin dar cabida a intercalaciones inglesas. En ellos está claro que hilar con los dos idiomas es simplemente una opción conversacional, una decisión optativa que permite que la lengua refleje su compleja identidad en lo anímico, y su amplia capacidad expresiva en lo comunicativo. Hilar gordo, pero saben hilar fino. En otros, sin embargo, el español está en una franca situación deficitaria, y es claro que se echa mano a las cláusulas del inglés para formular mensajes a los que no se les sabría dar forma en español, ya porque la capacidad de hacerlo se ha borrado por el olvido, ya porque, entre los criados aquí, nunca se llegó a adquirir. El intercalamiento, pues, no es siempre indicio de virtuosismo lingüístico, aunque muchas veces lo sea, ni es siempre evidencia de olvido deficitario, o de adquisición incompleta de la competencia lingüística española, aunque hay que tener muy claro que en muchos casos también sí que lo es. (Y no es siempre lo uno o lo otro, sino que en el mismo hablante entra en acción a veces un factor y a veces el otro.)

En ambos casos, y bajo ambas circunstancias, el tapiz bicolour es parte integral del uso del español en EE. UU., como lo es del uso de cualquier lengua que se hable en ámbitos bilingües. Es ocioso, por lo tanto, esperar que los estadounidenses bilingües de origen hispano utilicen solamente el español, o que lo mantengan siempre totalmente separado del inglés. (Sería tan sorprendente como que comieran solamente con platos de su tierra, y repudiaran los de aquí, o que chillaran en casa para que los lunes se sirviera sólo picadillo, los martes sólo *hamburgers*, los miércoles frijoles nada más y los viernes puro *cranberry sauce*.) Tan imposible es, por lo tanto, que nuestras conversaciones en Nueva York sean todas en español, como que nuestras comidas se confeccionen solamente con los ingredientes que nos trajimos de Latinoamérica o de España.

Recalquemos, sin embargo, que en ninguno de estos casos podemos decir todavía que notamos ni mezcla ni hibridación (ya las veremos más adelante), sino alternancia y selección. No hace falta mucho análisis, ni culinario ni lingüístico, para hacerse cargo de que cada uno de esos elementos culturales mantiene su propia integridad estructural, que no hay ni *inglés*, ni *frijol*, que aunque el tejido lingüístico es distinto al de nuestros países de origen, las hebras de distintos colores son las originales, fácilmente discernibles para todo el que se moleste en observar con ánimo de separarlas.

Más sobre Spanglish

Puestas así las cartas analíticas sobre la mesa, volvamos al vocablo *Spanglish*, que parece querer decirnos otra cosa, pues insinúa, sugestivo y cautivador, que el cromatismo del tapiz no es así, que los colores son otros, que la mesa tiene otros platos, que en las fuentes no sabríamos separar el frijol del *hamburger*, ni los guineos del *cranberry sauce*; que no hay ni hilos rojos ni azules, sino hilo verde, una mezcla de un nuevo tinte esperanzador, cuerpo de una nueva lengua para un pueblo nuevo.

No tendría esto nada de inaudito, y sería perfectamente lógico acuñar un vocablo como *Spanglish* para referirse a una nueva lengua así surgida, pues es de todos conocido que nuevas lenguas han nacido una y otra vez en la historia, y no sólo en la historia más remota, sino en la que registra los acontecimientos de pasados muy cercanos. El palenquero del norte de Colombia, el papiamentu de Curazao y Aruba, el haitiano y el jamaicano, son todas lenguas nuevas, nacidas, como lo sería el *Spanglish*, de la mezcla de idiomas traídos de distintos lugares (de Europa y de África en los casos mencionados); en esas lenguas, los hilos sí que son verdes, y no se puede ya poner el dedo sobre el pedazo del texto acústico que es de una lengua, y la sección que es de otra. En las sociedades haitianas, jamaicanas, etc., se ha cimentado una nueva lengua, usada por miles de hablantes que no tienen ya ningún conocimiento, ni ninguna memoria, ni inmediata ni remota, de los idiomas que aportaron elementos estructurales y léxicos a la lengua de hoy. No nos sorprenderíamos los lingüistas, por tanto, si alguien nos dijera que *Spanglish* es el nombre de una de esas nuevas lenguas que tanto han honrado la capacidad creadora del ser humano, de una lengua nueva nacida aquí en EE. UU., reflejo palpable de la creatividad de los hablantes bilingües.

Sucede, sin embargo, que los hechos del habla de los latinos de EE. UU., los que recogemos metódicamente en nuestro trabajo lingüístico, tienden a no apoyar tal interpretación. La alternancia de códigos que hemos visto en los textos de habla citados arriba no es indicio de nueva mezcla, ni lo son tampoco los muchos usos neoyorquinos, algunos muy repetidos, como el de *llamar para atrás*, que la observación apurada y el análisis superficial han catalogado como casos de hibridación, a pesar de que es relativamente fácil demostrar

que no lo son (26). Hay muchos hilos verdes en Aruba, pero relativamente pocos en Nueva York.

Pocos no quiere decir ninguno, pues no nos es dado afirmar, a los que tengamos apego a la observación de la realidad lingüística, que no se encuentren nunca, en las muestras de habla de Nueva York, ejemplos de cláusulas donde el español y el inglés procedan a hibridarse. A veces, nuestros informantes también hilan verde. Miremos estos textos, hablados por una joven de origen puertorriqueño, sobre un reciente y divertidísimo viaje a Grecia, en los cuales ya podríamos, en propiedad, empezar a hablar de hibridación:

«Después de trabajar en la conferencia y ayudando con la gente y las recepciones, y presentándome para ayudar a las personas que están allí (...) encontré con mucha gente que conozco ahora (...) muchos amigos (...) *you know I met a lot of new people*. Después íbamos a salir (...) vamos a los discos a beber...» (401P).

«Pero que ahí también conocí mucha gente y salí con un muchacho ahí que se enamoró conmigo pero que (...) bueno (...) yo no estaba enamorada con él [risa] pero que todavía él me llama también. Todavía me llama a ver cómo estoy, y le digo, lo más bien y como tú estás, y bien y quiere ir para Nueva York a visitarme, y le dije bueno, yo no sé, porque yo voy para [risa] California (...) pero que allá los discos allá, ay tan tan chévere, que están allá. Que la gente tienen (...) *they're so free. They're having a good time*» (401P).

En estas muestras, ya hay casos en los que no es tan fácil dilucidar dónde termina un idioma y empieza el otro, pues en frases como *después de trabajar y ayudando, se enamoró conmigo y yo no estaba enamorada con él* notamos gramáticas ya algo interpenetradas. Por ejemplo, en el español de esta joven, la sintaxis de los gerundios en *-ando* no es ya exactamente la del español, y parece compartir restricciones selectivas con el gerundio en *-ing* del inglés. Igualmente, el régimen de *enamorar*, que llevaba la preposición *de* en el español de sus padres, ha sido penetrado por el régimen de *fall in love*, que lleva *with* en inglés, y que ha propiciado el *enamorarse con* que oímos aquí. De forma similar, la sintaxis temática del verbo inglés *meet* explica por qué nos dice *encontré con mucha gente*, y no, como decía la generación de sus padres, siguiendo un patrón gramatical diferente, *me encontré con mucha gente*. Y aunque menos claro, el uso de *conoció mucha gente*, sin «a», puede que quizá sea también la sintaxis de *meet* hibridándose con la de *conocer*.

También son marca de hibridación los usos léxicos en Nueva York, en los que el significante español convive con un significado nuevo, traído del inglés. Los vocablos como *trabajar* en el sentido de «funcionar», o de *registrarse* en el sentido de «matricularse», son corrientes aquí, aunque de poca relevancia estructural. Para los casos de interpenetración sintáctica, como los que he señalado, esos que ya no se pueden analizar con el símil de los hilos, no tengo datos cuantitativos completamente fehacientes. Pero todas mis observaciones me hacen pensar que son relativamente poco corrientes, y que no hay ningún indicio de que hayan logrado cuajar en una variante nueva, a la que pudiéramos en propiedad llamar *Spanglish*. Y no sólo por consideraciones empíricas, sino por importantes razones teóricas también.

Las lenguas *criollas*, que es ese el vocablo técnico para referirse a idiomas como el palenquero, el papiamentu y el haitiano que mencionaba arriba, han sido estudiadas con detenimiento, tanto en su estructura como en su ámbito social. Ninguna ha surgido de situaciones de bilingüismo como la de los hispanos de EE. UU. Las lenguas criollas no son casi nunca crecidas, productos de la mezcla de dos lenguas, sino multigénicas, surgidas de ambientes poliglotos donde se hablaron muchos idiomas (en los casos mencionados, una lengua europea y varias africanas), donde todos se vieron obligados a edificar un idioma estructuralmente nuevo sobre las bases del muy inasequible léxico del acrolecto europeo (27). Por lo tanto, si el *Spanglish* fuera una nueva lengua, o un conjunto de rasgos que hacia eso se encaminara, o sea, si fuera un criollo, o al menos un proto-criollo fraguado en estos ambientes bilingües, representaría todo un pasmoso descubrimiento para la teoría criollística, y rompería con todo el precedente de lo que ha sucedido en el pasado.

El problema del vocablo *Spanglish*, por tanto, es que conlleva una clarísima sugerencia de que el habla de los latinos de EE. UU., sobre todo la de los nacidos aquí, cuyas muestras vimos arriba, constituye un idioma nuevo. Refuerza esta sugerencia de nueva lengua el creciente aparato bibliográfico, fruto mayormente de la prolífica labor del profesor Stavans de la que hablaba arriba, y de la amplia difusión del término tanto en la prensa como en Internet. En todos estos tratamientos de *Spanglish*, se recurre, casi con exclusividad, al simple listado de préstamos léxicos de amplia difusión, o a la creación de ellos por parte de los autores, listas de poca utilidad evidencial para argumentar que nos encontramos ante una nueva y tercera lengua, nacida del español y del inglés. Léxico prestado hay en todas partes, y no lleva a nadie a postular la formación de nuevos sistemas de habla. La tesis neolingüística que parece amparar el vocablo *Spanglish*, por lo tanto, no puede sustentarse, como se ve, ni por la teoría de la génesis neolingüística, ni por la simple observación de los comportamientos lingüísticos como los de las muestras de habla que acabo de copiar.

(27) Kirk Whitson, «Linguistic hybridization and the special case of pidgins and creoles», en *Pidginization and creolization of languages*, ed. de Dell Hymes, Cambridge University Press, 1971, pp. 91-116.

¿Es motivo de alegría la ausencia de un *Spanglish*?

El que no haya una variedad reconocible que pudiera llamarse *Spanglish* no debe, por otro lado, regocijarse en exceso a los que amamos el español, pues la causa primordial de la ausencia de un *Spanglish*, la constituye, no sin un punto de triste ironía, un factor que ya he mencionado, a saber, la casi desaparición del español en la tercera generación. Pues sucede que los hablantes que empiezan a dejar entrever en su español rasgos mixtos, como por ejemplo los regímenes hibridizados de *enamorarse* y *fall in love* arriba mencionados, no han llegado nunca a formar comunidad ni a cuajar en un habla estable. O sea, que esos posibles rasgos espanglizantes no se reproducen. Los hablantes en los que empezamos a notar una clara hibridación (no, repito, los que simplemente intercalan usos de dos lenguas que mantienen su integridad estructural), esos hablantes en cuyas hablas hay áreas de interpenetración estructural casi siempre usan poco el idioma ellos mismos y son, en todo caso, la última generación del español en EE. UU. Los hijos de estas personas ya no hablarán español, ni mezclado ni sin mezclar. Al poco hilo verde que sí encontramos, a ese que serviría en propiedad como referente del término *Spanglish*, se le suele echar al cesto y ya no se le vuelve a usar. En cierto sentido, debería causar gran pena que no haya un verdadero *Spanglish*. No lo hay, porque sus posibles hablantes ya han roto todo lazo lingüístico (aunque mantengan fuertes conexiones de identidad) con los demás usuarios del español.

Eso también viene apoyado por la criollística, que al afirmar que las situaciones bilingües no producen lenguas criollas, nos dice que la razón es precisamente esta que he mencionado. En los ámbitos multilingües, donde sí surgen los criollos, no hay suficiente acceso al acrolecto, y resulta entonces que a los hablantes, por decirlo así, no les queda otra que ir forjándose un criollo. Pero en el entorno bilingüe, digamos por ejemplo en Nueva York, las posibles lenguas que podrían servir de base a un criollo están las dos muy a la mano, y ninguna agrupación social tiene necesidad de hacerse de una lengua nueva, pues es mucho más lingüísticamente rentable (y económica y socialmente también) adoptar cualquiera de las otras dos alternativas: o cambiar al inglés, o continuar con el español. Las dos posibilidades —de entre las cuales es, como es lógico, por la primera por la que se opta aquí a la larga— reciben más aceptación social y rinden mayores beneficios que lo que pueda nunca recibir la opción neolingüística, la que representara una nueva variante para la que *Spanglish* pudiera ser un nombre apropiado.

El verdadero referente del término *Spanglish*

Pero si bien es cierto que el término *Spanglish* no tiene el significado que más claramente propone, lo cual lo condena a ser vocablo desafortunado por engañoso, también es cierto que posee un referente de importancia, y que conocer su extensión puede servirnos para esclarecer nuestra realidad sociolingüística, y darnos mucho que pensar sobre si el término debiera o pudiera adoptarse o alterarse. Pues por mucho que se piense que *Spanglish* no es una voz auténtica entre el pueblo hispano de EE. UU., y por mucho que quiera insinuarse que sólo sustentan el vocablo aquellos que con él quieren medrar, la realidad es probablemente muy otra. Pues aunque sea voz equívoca porque sugiere lo que no es, también es voz que se aplica con cierta consistencia, no ya a un idioma nuevo nacido del español y el inglés, sino a una manera de hablar los dos. Tendría más lógica, por tanto, que *Spanglish* fuera, no un sustantivo, sino un verbo, que hiciera referencia a una actividad y no a una entidad, como pueden hacerlo los términos *rimar*, *bromear* o *versificar*.

Entendido así, como referencia a nuevas maneras de hablar, y no a nuevas formas de habla, el término *Spanglish* puede servirnos para llegar a una más recta comprensión de las comunidades bilingües neoyorquinas, y estadounidense en general, y permitírnos, además, entrever las razones que han hecho que el vocablo se haya convertido, para muchos, sobre todo entre los jóvenes, en una autodescripción lingüística voluntariamente adoptada. Pues encontramos con frecuencia en Nueva York personas que hablan mucho en español, pero con limitaciones reales en cuanto se avanza de los registros sencillos y familiares a modalidades más formales (modalidades que, por otra parte, en su vida diaria nunca tienen que manejar en español), personas quienes no han tenido interés, o a quienes no les ha sido posible recibir instrucción formal alguna en la lengua de sus padres.

Estos hispanos, para quienes la lengua española es medio de comunicación vivísimo y real, aunque sea sólo entre parientes y amigos, y para quienes es, además, profunda y entrañable seña de identidad, se tropiezan frecuentemente con maestros y otras autoridades que, con pasmosa falta de tacto, se complacen en hacer dos cosas inauditas: una, señalarles y recalcarles lo mucho que les falla su conocimiento del español, y otra, desdeñar y pasar por alto lo mucho que de él dominan (28). Entre estos hispanohablantes, es reacción normal, viéndose así rechazados, declarar que no hablan español, sino que hablan *Spanglish*. Aunque esto se haga casi siempre con cierta minusvaloración propia, queda sin embargo el vocablo como una orgullosa declaración de independencia, como un desafiante desplante, como un estandarte de guerra enarbolado ante los que se empeñan en desconocer el gran valor comunicativo, y la importante carga afectiva e identitaria que conlleva siempre la lengua ancestral, por mucho o poco que se la use, o por mucho o poco que se

la conozca en la totalidad de sus registros de uso, o en la magnitud completa de su acervo léxico y gramatical.

Estemos conformes, por lo tanto, con el hecho de que, entre muchos hablantes, conocidos y contados, el término *Spanglish* es antropológicamente auténtico y real, y con el hecho no menos importante de que, entre muchos analistas hechos y derechos, puede constituir una designación aceptable, no para una nueva lengua, que no hay tal, sino para un tipo de obrar lingüístico, para una manera de comunicarse en que dos lenguas, a veces muy bien conocidas las dos, a veces muy deficitaria una de ellas, están presentes en el mismo discurso, de manera que subsiste, en la mayor parte de los casos, la integridad estructural de las dos.

Los préstamos en el español de Nueva York

Se hacen notar en el español en EE. UU., y han dado pie al exagerado éxito del término *Spanglish*, las palabras exógenas, en nuestro caso de origen inglés, igual que se hacen notar



En el podio, Ana Celia Zentlla; en primer lugar, Carmen Silva-Corvalán; en segundo Ricardo Otheguy (sentado).

en todas las variantes de todos los idiomas, sobre todo en aquellas habladas por comunidades bilingües en situaciones de contacto con otra lengua. Vemos en las transliteraciones con las que trabajamos gran variedad en cuanto a la densidad del fenómeno; en las de algunos hablantes, abundan los préstamos, mientras que en otras muestras de habla, hay relativamente pocas, oscilando la tasa entre 0.36 y 12.40 préstamos del inglés por cada mil frenes del español (de 0.36 pK a 12.40 pK). Entre los usuarios de préstamos por encima de 3.50 pK, que son normales en nuestra muestra, se revela un patrón que refleja, ya en el plano analítico, nuestra descripción informal de la mesa de casa, a la que decía que primero llegaban los nombres propios.

En estas transcripciones hay siempre por lo menos nombres propios, como *Lehman College*; muchas tienen también nombres comunes, usados sin artículos ni modificadores, como *es profesor de college*; algunas desgrabaciones tienen, además, nombres comunes modificados por un artículo, *solicitó entrada en muchos de los colleges*, y por fin otras tienen préstamos modificados por un artículo y calificadas por un adjetivo, *los colleges privados son muchos más caros*. Pero no hay informantes que tengan los últimos sin tener los primeros; si el hablante usa nombres comunes del inglés con artículo y modificación, también usará nombres comunes inmodificados y sin artículos; y si usa éstos, también usará nombres propios. Pero no tenemos casos de hablantes que usen comunes modificados, pero que no usen comunes a secas, ni de hablantes que usen comunes que no usen propios. Es, por decirlo así, una situación en la que, el que puede lo más, puede lo menos, y en la que vemos que la penetración del anglicismo es por el nombre propio (29).

El nombre de las cosas

Si pudiéramos pensarlo desde dentro del hablante, creo que veríamos que, en cierta forma, esta primera penetración del nombre propio del inglés establece el motivo de todos los demás anglicismos léxicos, pues todos ellos, propios y comunes, son en cierto sentido, y valga la contradicción, nombres propios desde el punto de vista del hablante. El proceso que esto pone de manifiesto tiende a esclarecer el porqué de los préstamos en los dialectos de contacto. Las palabras del otro idioma se adoptan, entre otras razones, porque, a los ojos del bilingüe, las del idioma de uno no nombran exactamente las cosas del entorno en el que se vive.

El lingüista noruego Einar Haugen lo vio quizá mejor que ningún otro, cuando estudiaba la lengua de los emigrantes de Noruega asentados en los estados del Medio Oeste

(28) Para una acertada discusión sobre el problema de la doble crítica que se le hace al bilingüe en EE. UU. por parte de hablantes cultos de ambas lenguas, véase José del Valle y Luis Gabriel Sheeman, *op. cit.*



RICARDO
OTHEGUY /
LAS PIEDRAS...

(30) Einar Haugen, «Language and immigration», *Norwegian-American Studies and Periodicals*, vol. 10 (1938), pp. 1-43, y también, «The analysis of linguistic borrowings», *Language*, vol. 26 (1950), pp. 210-231, ambos reimpresos en Einar Haugen, *The Ecology of Language*, Stanford University Press, 1950.

(31) Ricardo Otheguy y Ofelia García, «Convergent conceptualizations as predictors of degree of contact in U.S. Spanish», en *Spanish in the United States...*, ed. cit., pp. 135-154.

(32) Vid., entre otros, Carmen Silva-Corvalán, *Language Contact and Change: Spanish in Los Angeles*, Oxford University Press, 1994, y Raymond Mougeon y Élikaud Beniak, *Linguistic Consequences of Language Contact and Revivification: The Case of French in Ontario*, Oxford University Press, 1991; Anaya Morales, «Simplificación o interferencia?: el español de Puerto Rico», *International Journal of the Sociology of Language*, vol. 142 (2000), pp. 35-62.

(33) Ricardo Otheguy y Naomi Lapidus, «An adaptive approach to noun gender in New York contact Spanish», en *A Romance perspective on Language Knowledge and Use*, ed. de Rafael Núñez-Castaño et al., John Benjamins Publishing Co., 2003; Ricardo Otheguy y Naomi Lapidus, «Simplificación y adaptación en el español de Nueva York», en *II Congreso Internacional de la Lengua Española (Mesa Aspectos Lingüísticos del contacto)*, Valladolid, 16-19 de octubre de 2001.

norteamericano en los años de entreguerras (30). Igual que los hispanos de EE. UU. de hoy, estos noruegos utilizaban muchísimas palabras del inglés cuando hablaban en noruego, como por ejemplo *beer*. Cuando Haugen les preguntaba que por qué ponían dentro del noruego la palabra inglesa *beer*, pudiendo usar perfectamente la palabra noruega *åle*, la respuesta era que no querían decir lo mismo. La palabra *åle* se refería a la cerveza allí en Noruega, la palabra *beer* era la cerveza aquí en Wisconsin. (Y es que había sus diferencias; por ejemplo, la de allá se elaboraba en casa, la de aquí se compraba en la tienda.) Igual con la palabra inglesa *river*, insertada en el noruego. La palabra en noruego, le decían a Haugen sus informantes, se refiere a los ríos de allá, y *river* son los de aquí (que también hay sus diferencias, decían estos noruegos de EE. UU., pues los de Noruega son torrentes arrolladores, los de Wisconsin mansos riachuelos).

Una vez que logramos así entrever la sensibilidad del bilingüe, lo sorprendente es que la tasa de préstamos promedie en los 3.78 pK entre nuestros hispanohablantes aquí, pues la realidad del caso es que, a los ojos del bilingüe, las palabras del español, por muy bien que se conozcan, no parecen servir, en muchos casos, para hablar de las cosas de Nueva York.

Hemos hecho comprobaciones formales de esta idea de la motivación conceptual del préstamo léxico, bajo la cual la entrada del préstamo en la lengua de los inmigrantes está motivada por la percepción subconsciente de la incapacidad de los vocablos de la lengua propia de denominar los objetos y conceptos de la sociedad nueva en la que ahora se vive (31). En nuestras investigaciones, les hemos pedido a nuestros sujetos que nos hablen del barrio, del trabajo y de las escuelas de aquí de Nueva York, y hemos encontrado altas tasas de uso de elementos léxicos ingleses; hemos vuelto a entrevistar a los mismos hablantes dos meses después, y les hemos pedido que nos hablen sobre esos mismos temas, pero ubicándolos ahora en sus países de origen: los barrios de su pueblo en Latinoamérica, el trabajo que desempeñaban en su país, las escuelas de los niños allá. La proporción de palabras del inglés en la primera conversación, con referencia neoyorquina, es muchísimo más alta que en la segunda, tratando de exactamente los mismos temas, pero con ubicación latinoamericana. Al describir las cosas de aquí, los informantes usan palabras del inglés como *principal* (la persona que está a cargo de la escuela), el *building* (el lugar donde se vive) y el *lunch room* (donde almuerzan los niños al mediodía). Pero cuando hablan de las cosas de allá, surgen las palabras autóctonas. Nos hablan del *director* de la escuela, de los *edificios* del pueblo, del *almuerzo* y del *comedor escolar*.

Al igual que los noruegos de Haugen, nuestros informantes, en su comportamiento lingüístico, parecen revelar que el *lunch room* y el *comedor escolar* tienen dos significados distintos, y que el *principal* y el *director* no ocupan el mismo cargo. En algunos casos, nuestros hablantes, como hacían los noruegos de Haugen, nos señalan las diferencias entre los referentes de los dos vocablos, el del inglés y el del español, que superficialmente podrían parecer sinónimos o equivalentes exactos (por ejemplo, pequeñas estructuras de pocos pisos en el *edificio* de la alcaldía del pueblo de allá, imponentes *buildings* de muchos pisos, que tanto nos asustaron el primer día que nos mudamos a ellos aquí). En muchos otros, la diferencia entre los dos referentes, que inspiran la percepción de dos conceptos y llevan al uso de los dos vocablos, puede ser tan sencilla como que una palabra es el nombre de lo de aquí, otra el de lo de allá, sin más.

Los que sepamos de traducción, o los que queramos, por nuestras muy buenas razones, parapetar más el dique que pueda limitar el influjo ya grande del inglés sobre nuestra lengua, pudiéramos quizá hablar con comodidad, en nuestras conversaciones sobre la vida de aquí, del director de la escuela que pone orden en el comedor escolar a la hora del almuerzo en la escuela secundaria de nuestro barrio neoyorquino. Pero para el hablante de a pie, todo eso puede parecer, aunque no lo analice, un poco forzado y antinatural. Aquí, es mucho más probable que el principal vaya a disciplinar a los niños en el *lunch room* del *high school* a la hora del *lunch*, todo esto, recalco, pronunciado con fonología española intocada por el inglés y encauzado por canales sintácticos puramente españoles, y representando, cuando se ve la totalidad de la conversación, una mínima proporción del léxico total del hablante.

Los dobles

Fijémonos, pues, que nuestros hispanos, como aquellos noruegos, no usan el préstamo simplemente porque no conocen el vocablo, más o menos equivalente, del español. Podemos estar seguros que si lo conocen, puesto que lo usan cuando lo posibilita un tema más hispánico, más cerca de la carga emotiva y referencial de la lengua, o cuando de hablar con un interlocutor monolingüe se trata. Nuestros análisis han podido también formalizar esta realidad, con el estudio de los dobles, que aparecen con frecuencia en la misma transcripción de la misma conversación del mismo informante. El consultor nos dice que toma *clases de swimming*, de donde podríamos deducir la existencia de una casilla vacía en su vocabulario, pero pronto vemos que nos equivocamos, al escuchar, más adelante en la misma conversación, que la *natación* es un buen ejercicio. Parece que podría haber dicho *clases de natación*, puesto que conoce la palabra, pero no lo hace, y nos parece que ese tipo de instrucción es, para este joven aquí, no una clase de natación, sino de *swimming*.

Porque no queremos, ni en estas aguas ni en otras, soñar que nadamos con peccecitos de colores, no nos hacemos ilusión —no lo permiten nuestros datos— que, en el hablante bilingüe, todo es creatividad y virtuosismo. En el préstamo, como en el intercalamiento de cláusulas del inglés, hay también mucho de compensación por olvido o por adquisición incompleta. La explicación deficitaria es muy válida en algunos casos para todos los hablantes, y en casi todos los casos para algunos de los hablantes. El préstamo llega también, muchas veces, por olvido de la palabra española, como podemos constatar en nuestras entrevistas, en donde el informante en numerosas ocasiones nos pregunta, después de usar un préstamo, *Ay, cómo se dice eso en español?* Pero en muchísimos otros casos, como demuestran irrefutablemente los dobles, y como explica nuestro análisis de conversaciones de temas iguales con puntos de referencia distintos, el préstamo es también, no indicio de ignorancia del español, sino de conocimiento muy íntimo de las dos lenguas, y utilización de sus recursos para decir, con exactitud, precisamente lo que se quiere decir, no lo que sin conocimiento de causa ni cabal comprensión del referente pudiera lograrse con un uso léxico menos anglicante y prestatador.

La simplificación en las variantes de contacto

Es así que el préstamo, y el doblete, constituyen la excepción al patrón general de las variantes de contacto, que, en todas partes del mundo, tienden en general hacia la simplificación del sistema, hacia la supresión de alternancias léxicas y estructurales, hacia la reducción de posibilidades flexivas y hacia la neutralización de oposiciones léxicas y estructurales, como han podido establecer los lingüistas que de esto se han ocupado, y que ven la motivación de estas reducciones en la necesidad de aligerar, de alguna forma, la doble carga cognoscitiva que conlleva el bilingüismo (32). El doblete complica y expande el léxico, no lo reduce.

Para compensar, se ven en los préstamos otros procesos de simplificación, como, por ejemplo, la casi eliminación del sistema de oposición genérica. Según las comprobaciones formales que hemos hecho de esta tendencia, en el habla de todos nuestros informantes, la parcela autóctona de su vocabulario mantiene activa la diferenciación genérica del español, bajo la cual aproximadamente 55 por 100 de las palabras son femeninas, siendo el 45 por 100 restante de género masculino (33). Pero los préstamos no se encasillan dentro de estas dos grandes categorías. En más de un 80 por 100, los préstamos son masculinos, *el swimming*, *el pool table*, *el high school*, *el vegetable soup*. La carga de memoria, que exige para el vocabulario autóctono que recordemos que *violin* y *fuerte* son masculinos, pero *crin* y *suerte* femeninas, y que sólo en las terminaciones en *-a* y *-o* nos permite confiar en una regla (pero que también nos carga la memoria con *el planeta* y *la moto* y *la mano*), esa carga de memoria se ha echado a un lado con los préstamos. Esto es así, muy en contra de lo que se cree, aun mayoritariamente en casos en que la palabra equivalente de traducción sea femenina, como *el swimming* y *el vegetable soup*, ambos préstamos masculinos en nuestras transliteraciones aunque sustituyan homólogas femeninas como *sopa* y *natación*.

Subviene la diferenciación genérica en nuestros informantes solamente para vocablos con referentes animados (donde la regla en español es de aplicación muy amplia, casi categórica, y por tanto no conlleva casi ningún esfuerzo cognoscitivo de aplicación individual), y así tenemos, a veces, *la principal* y *la nurse*. Pero hasta en estos casos encontramos activo el proceso de simplificación genérica. En nuestros datos, hallamos clara evidencia de que, hasta para las palabras con referencia a hembras, se usa el préstamo en masculino, diciendo nuestros informantes, por ejemplo, *el social worker* y *el baby sister* aun con referencia a mujeres. En lo formal, por tanto, los préstamos acusan una clara tendencia a la simplificación, lo cual compensa por el aumento en la totalidad del vocabulario que, por la necesidad de suplir necesidades comunicativas nacidas en el seno de la nueva sociedad, se nota en el español de los hispanos de EE. UU.

Resumen y conclusión

Los que gozamos de los versos de Neruda, y amamos la lengua que tanto honró con su arte, no podemos sustraernos a la ambivalencia emotiva que expresaba el poeta ante los conquistadores que primero implantaron la koiné española en América. Concluye Neruda el poema en verso que me dio pie para empezar este ensayo poetizando pesimismo y optimismo, admiración y rechazo, todo a la vez («Se llevaron el oro y nos dejaron el oro... Se lo llevaron todo y nos dejaron todo. Nos dejaron las palabras»). No siendo poetas, evocamos los lingüistas nuestras ambivalencias utilizando la poesía que el pueblo ha depositado en el refranero español. Y si es cierto aquello de que obras son amores y no buenas razones, la lengua española en EE. UU. padece de ser objeto de un gran amor desprovisto de obras. Muchos se entusiasman desde lejos por esos niños y jóvenes quienes, generación tras generación, aumentan en los hogares hispanos de EE. UU. la nómina de la lengua española. Pero muy pocos se han ocupado de obrar por ayudarlos a desarrollar el español,

y a fortalecer en ellos hábitos lingüísticos que recurrieran menos al inglés, y que les permitieran ampliar su campo de uso, logrando así que la lengua perdurara con fluidez durante sus vidas y se traspassara más firme a la siguiente generación.

Es cierto que en algunas pequeñas escuelas, apoyadas por las agregaduras culturales de los consulados de algunos países, se organizan clases de español para hijos de emigrantes, en pequeña escala, y siempre dominadas por la visión burocrática del pasaporte —que si para niños españoles, que si para niños uruguayos, que si para éstos o aquéllos y no para los de más allá. Y también es cierto que, en algunos institutos costeados por fondos provenientes de países hispánicos, se encuentra una pequeña oferta de instrucción de español dirigida a adultos hispanohablantes.

Conforman estos magros esfuerzos una muy insuficiente gestión en pro del español, gestión que carece totalmente de impacto sobre la masa poblacional hispana de la enorme urbe, cuyos adultos viven, y cuyos hijos crecen, con un contacto muy limitado con la lengua escrita y los registros formales del español. Ni los gobiernos de los países hispánicos de grandes economías, ni la filantropía de las grandes fortunas individuales y corporativas que en ellos existen, ni las gigantescas empresas internacionales que desde algunos de ellos operan —ninguna de estas instituciones públicas o privadas, colectivas o individuales, ni en México, ni en España, Colombia, Argentina, Chile o Puerto Rico, por citar algunos, se ha interesado en apoyar el español en EE. UU. de forma efectiva, y con la escala que requieren las dimensiones reales de la situación; y cuando algo han hecho, ha sido muy en pequeño, y poniendo más empeño en enseñárselo a anglohablantes que en fortalecerlo y profundizarlo entre hispanohablantes.

Nadie se ha querido ocupar de organizar escuelas de español, para niños y adultos, apoyadas preferiblemente por filantropías privadas y corporativas del mundo hispánico, que actuaran por su cuenta, o a través de instituciones gubernamentales, gracias a las cuales, en los barrios donde se habla español en Nueva York, se notara que los que tanto nos quieren desde fuera, de hecho se apuntan a ayudarnos a que hablemos la lengua común con vocabulario más extenso, mayor consistencia discursiva y más amplio repertorio fraseológico. Pero nada de eso hemos visto, ni oteando el horizonte divisamos nada que

inquiete porque los amores lingüísticos estén a punto de consumarse en obras educativas o de fomento del español.

La presencia en el discurso español de las palabras del inglés, y de sus frases y sus cláusulas, responde, en fin, y como se ha visto en detalle, a una amplia gama de factores anítmicos, conceptuales y comunicativos, nacidos desde muy dentro de la vida del hispanohablante de los EE. UU., y que operan sin que ningún agente de apoyo externo, proveniente de Latinoamérica o España, proponga posibilidades reales para un uso menos compartido con el inglés. Se ha visto, por otra parte, que sería de un rudísimo simplismo pensar que se trata, siempre y en todo lugar, de una situación deficitaria, de olvido o rechazo de la lengua ancestral. Son la vida norteamericana, y los esquemas conceptuales que le dan forma, los que llevan los significantes del inglés a labios del hispano, quien en ellos busca los significantes que necesita para expresar su realidad, y que usaría igual por muy bien que conociera alternativas léxicas y fraseológicas españolas, pero que, claro está, usa más todavía al tener poco contacto con éstas (pues ya se ha visto que el contacto con las palabras del español es poco, entre otras razones, porque lo que se nos profesa desde otras orillas, lamentablemente, son amores de lejos, que no decimos en lo más mínimo por referencia paremiológica).

Vive pues el español en Nueva York la muy conocida dinámica del bilingüismo en todas partes, situación esta que no parece autorizar esquemas conceptuales en los que exista una nueva lengua, necesitada de nuevo nombre, como *Spanglish*, sino que nos pone ante dos lenguas estructuralmente íntegras en simultáneo y presentísimo uso. Cuando la interpenetración es ya estructural y más profunda, se ha visto que estamos ante fenómenos transitorios, que no llevan a la formación de nuevos y perdurables sistemas, lo cual es perfectamente explicable dentro de la teoría criollística y del contacto lingüístico, y que, además, probablemente sea muy para nuestro bien... aunque, ¿quién sabe? Término, pues, con ambivalencia pero con optimismo, como hizo el poeta. Hablando del oro metálico que se llevaron, y del oro de lengua que nos dejaron, decía Neruda, «Salimos perdiendo (...) salimos ganando». Nos quedan las palabras.

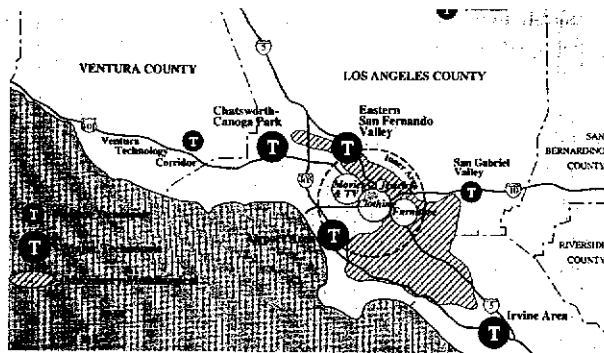
R. O.—GRADUATE CENTER, CITY UNIVERSITY OF NEW YORK

CARMEN SILVA-CORVALÁN / EL ESPAÑOL EN LOS ÁNGELES: ASPECTOS MORFOSINTÁCTICOS

Introducción: bilingüismo de sociedad

El bilingüismo de sociedad representa una situación ideal para observar el impacto de los factores sociales sobre una lengua. Estas son situaciones que surgen generalmente como resultado de la conquista de un pueblo por hablantes de otra lengua (e. g., el extenso bilingüismo español-lenguas amerindias que se constata hoy en día en Hispanoamérica) o como resultado de procesos de inmigración más o menos masiva. Así como los individuos del grupo conquistado, o del grupo de inmigrantes, deben adaptarse a nuevos entornos físicos y sociales y a nuevas tradiciones culturales, la lengua hablada por estos grupos se adapta y cambia también para responder a las nuevas necesidades de sus usuarios. Una de estas necesidades, sutil pero no por esto menos real, es la de aliviar la carga cognitiva que significa el tener que usar dos lenguas, frecuentemente en el mismo contexto conversacional. Se presenta además la necesidad de aprender la lengua del grupo dominante, requisito obligado si se aspira a avanzar en el nuevo entorno social. Este es el contexto en el que se desarrolla el bilingüismo español-inglés en EE. UU., en el que el inglés es la lengua oficial *de facto* (legalmente oficial ya en un tercio de los estados del país) y el español es la lengua de instrucción escolar para una minoría de sus hablantes. Se trata de una situación compleja que da lugar al desarrollo de numerosas variedades de español difíciles de caracterizar de manera unificada. Quizá su único lazo de unión sea el obvio impacto que el contacto con una lengua tan avasallante como el inglés ha tenido sobre ellas, lo que ha dado lugar al característico continuo de competencia con respecto al grado de dominio de las dos lenguas en contacto. Con respecto al español, este continuo comprende desde una variedad no reducida lingüísticamente, hablada por los inmigrantes, a un uso meramente emblemático del español por hispanos nacidos en EE. UU.

La situación descrita apunta claramente al hecho de que no hay un español de Los Ángeles, sino muchos. Los hispanos nacidos en esta gran metrópolis mantienen la lengua de sus antepasados gracias a la aplicación del principio de la adaptación, inconscientemente quizá intuyendo que la adaptación ayuda, tal vez asegura, la supervivencia de la lengua. Así pues, los hispanos nacidos en Los Ángeles simplifican la gramática y el léxico del español, toman numerosos préstamos del inglés (el castellano los tomó del árabe en su tiempo)



y alternan con relativa frecuencia entre el inglés y el español a lo largo de una conversación (1). Nace así el llamado *Spanglish*, variedades de español lingüísticamente reducido, en las que alternan español e inglés, con expresiones tomadas de esta lengua, adaptadas o no al sistema del español. Estas son las numerosas variedades de español difíciles de caracterizar de manera unificada a las que me he referido en párrafos anteriores. Son variedades orales que no se transmiten a las nuevas generaciones.

Para comprender mejor el tipo de bilingüismo que se desarrolla en Los Ángeles, se hace necesario considerar datos demográficos y sociales que explican en parte algunos de los efectos lingüísticos del contacto con el inglés que se producen en el español oral.

Datos demográficos

El porcentaje de individuos que declara hablar español en la casa ha crecido según los datos de los censos de 1990 y 2000.

INSULA 679-680

JULIO-AGOSTO 2003

19

(1) Vid. Carmen Silva-Corvalán,

Language contact and change: Spanish

in Los Angeles, Oxford, Clevedon,

1996, y C. Silva-Corvalán, «La

situación del español en Estados

Unidos, en *El español en el mundo.*

Anuario del Instituto Cervantes,

2000, Barcelona, Plaza & Jané.